

12. La antropología cultural. No sólo los grupos aislados de individuos influyen sobre uno, sino también la sociedad en conjunto. Linton llama personalidad de base al "conjunto de rasgos de personalidad comunes a todos los individuos de una misma sociedad". Asimismo señala Linton que estos rasgos provienen principalmente de la educación, tanto escolar, como simplemente social.

V. Las situaciones.

13. La historia personal. "El hecho no se opone al mecanismo de las disposiciones naturales: lo hace actuar. Fija al hombre en una de sus actitudes. El descubrimiento de una naturaleza nos revela, en cierto modo, la ecuación básica de una vida; los hechos vienen a dar a las variables ciertos valores definidos". La historia personal nos introduce en la verdadera intimidad del hombre. "La narración que él desarrolla es, por otra parte, la explicitación de su personalidad actual más que la reproducción pura y simple de lo que le sucedió antes. Nos ofrece menos un pasado restituído que un pasado interpretado, visto en perspectiva... La tipología de las situaciones es el equivalente, sobre el plano existencial, de la caractereología sobre el plano de las naturalezas individuales".

14. Las situaciones funcionales. Son las que hacen "salir" al hombre, revelarse, el cual, sin esas circunstancias (por ejemplo: lograr un puesto de mando) quizá jamás hubiese manifestado su verdadera personalidad ni hubiera materializado sus verdaderas aptitudes.

15. La situación humana fundamental. Las situaciones funcionales miran más que nada el aspecto social (en el sentido de actuación) del hombre. La avidez y la ternura (como cariño) son rasgos que lo relacionan directamente con sus semejantes, por lo cual muchos estudiosos las consideran como básicas.

16. Las situaciones inter-subjetivas. "El mundo inter-subjetivo implica al menos tres personas —"yo", "tú" y "él"— entre las cuales las funciones son permutables: cuando yo me dirijo a "él", él toma "tu" lugar, y yo soy quien asume el tercer "rol". De aquí se deducen una infinita cantidad de relaciones (perfectamente ejemplificables con las llamadas "situaciones dramáticas" del teatro) que forman el estrecho y amplio tejido de la vida de relación.

VI. Sujeto trascendental y persona. Ya entrando en el plano directamente filosófico, Berger considera que el hombre no es sólo cuerpo y espíritu, sino también que es alma, por lo cual también debe ser considerado como sujeto trascendente.

FERNANDO VIDAL BUZZI.

FUNDACION HARDT. *La Notion du divin depuis Homère jusqu'à Platon. Sept exposés et discussions. (Entretiens sur l'antiquité Classique, I).* Vandoeuvres, Genève, 1954. 308 páginas.

El barón Kurd von Hardt promovió, hace algunos años, una fundación para el estudio de la antigüedad clásica, en Vandoeuvres, Ginebra. Es propósito fundamental de esta *Stiftung* alentar los estudios clásicos y contribuir por un esfuerzo de colaboración internacional a defender y cultivar la herencia espiritual de la antigüedad. Como es frecuente en Europa y en Estados Unidos, la fundación Hardt procura organizar en su sede de Vandoeuvres verdaderos coloquios entre especialistas eminentes o jóvenes ansiosos por coronar el esfuerzo científico de su formación. Estos *entretiens* ofrecen además la posibilidad de establecer lazos permanentes entre humanistas, consagrados a diversos temas o aspectos del mundo clásico, y al mismo tiempo facilita la confrontación de los más diversos resultados críticos. El primer coloquio tuvo lugar desde el 8 al 13 de setiembre de 1952, y fué dedicado al importantísimo tema, que sirve de título general a este primer volumen, cuya publicación fué hecha en 1954 con la colaboración de la *Bollingen Foundation*, de N. York. El asunto fué, pues, la noción de lo divino desde Homero a Platón. La publicación recoge las siete conferencias, que reseñaremos por separado, y como apéndice de cada una de ellas, un resumen de la discusión mantenida por los helenistas participantes al término de cada exposición. Por eso mismo, el libro ofrece en una admirable síntesis el desarrollo coherente de un problema concreto y las acota-

ciones o precisiones a que dió lugar la conversación subsiguiente.

La primera conferencia *Introductory Lecture* (págs. 3-27, cuyo examen ocupa además las págs. 27-43) pertenece a H. J. Rose. Este procura ofrecer un *conspectus* general de los grandes problemas de la religión griega, aunque como observa K. von Fritz (*Gnomon*, 27, 1955, pág. 316) la extensión del asunto hace que ese *conspectus* sea en cierto modo difuso, sin interpretaciones que pudiéramos considerar nuevas. En efecto, el desarrollo de la idea de Dios en Grecia ofrece para el estudioso moderno, según observa el propio Rose, la gran dificultad de sus fuentes y de sus diversos modos de expresión. Rose dedica algunas páginas al problema de los estratos prehelénicos, para considerar enseguida la significación de los poemas homéricos y el vínculo de éstos con determinadas estirpes sociales. Por contraposición a ellos, Hesíodo parece resumir otra dirección del pensamiento religioso griego, si se toma en cuenta la significación de Zeus dentro de sus poemas. La consideración del orfismo, sobre el cual tenemos ahora el importante libro de W. Guthrie, *Orpheus and greek religion*, 2nd. ed., Methuen, London, 1952, así como las primeras especulaciones teológicas, que culminan con las escuelas de Platón y Aristóteles, forman la última parte en la disertación de Rose. El profesor Verdenius (Holanda) plantea en la discusión el problema de la diferencia entre Homero y Hesíodo desde el punto de vista del pensamiento religioso y su relación con los estamentos sociales. M. Chapouthier (Francia) hace destacar la importancia del sentido histórico en el problema que religa, por así decir, las diversas etapas en consideración. A estas observaciones se unen otras; las más importantes pertenecen a Chantraine y Gigon.

La segunda conferencia es de Pierre Chantraine y se titula *Le divin et les dieux chez Homère* (págs. 47-79, cuyo examen ocupa las págs. 80-93, seguido de una bibliografía sumaria). Luego de advertir que la investigación sobre los problemas religiosos tiene un doble carácter, o bien histórico para recomponer el desarrollo religioso, o bien estructural para definir la fenomenología del hecho religioso, Chantraine señala que el héroe homérico se mueve en un plano ubicado entre las creencias telúricas y místicas, propias del mundo egeo, y el movimiento que llamamos orfismo.

Ese héroe rehusa toda actitud mística y rechaza las prácticas mágicas; sin embargo el mundo homérico está poblado de divinidades. Ellas mantienen relaciones constantes y múltiples con los humanos. ¿Cuáles son estas potencias sobrenaturales, estas divinidades que ejercen una influencia tan importante en los acontecimientos? Homero las designa con la palabra *theós* (dios) o *theós tis* (algún dios). El término exacto para designar esas potencias es *daímon*. No se trata de una entidad precisa y definida, y como observa Wilamowitz esa palabra no era empleada en el culto. Se detiene Chantraine en la noción de *daímon* para concluir, luego de citar diversos textos homéricos y de hacer algunas referencias etimológicas, que el término señala una potencia divina que otorga a cada ser humano su parte (pág. 54). El autor se detiene enseguida en el término *theós*. Procura discernir su distinción respecto de *daímon*, aunque los límites de esta distinción no sean precisos.

Otro problema importante es el de la "antropomorfización" (el neologismo es de Chantraine) de los dioses. El autor considera el caso de Helios (el sol), y el del río Escamandro, etc. El aspecto humano de los dioses, dice Ch., es un rasgo esencial. Este antropomorfismo no es sólo plástico; tiene un carácter fundamental, puesto que los dioses obran y se comportan como seres humanos. Además es este carácter el que ha relegado a un nivel secundario los terrores irracionales y reducido la importancia de las prácticas mágicas. Por eso, es lícito afirmar con Nilsson que la religión de los rapsodas ha abierto el camino a la filosofía jónica. A continuación se ocupa Ch. de las relaciones entre los dioses y los humanos (páginas 65-66). Considera enseguida el problema del politeísmo homérico y la noción de jerarquía divina en Homero, así como los vínculos de Zeus y los dioses con el destino. En la discusión, el prof. Rose discute la equivalencia entre *theós* y *daímon*. No siempre se da en los textos homéricos. Al problema agrega otros elementos M. Chapouthier, en especial sobre la anterioridad de la noción de *daímon*.

La tercera conferencia se titula *Die Welt der Götter bei Hesiod* (El mundo de los dioses en Hesíodo) y pertenece a Bruno Snell (págs. 97-117, cuya discusión ocupa las págs. 117-124). Nadie, dice Snell, ha mostrado como Hesíodo la verdad de aquella antigua afirmación griega "todo está lleno de dioses". No menos de treientos nombres divinos hallamos en su *Teogonía*. Para poder comprender este mundo de representaciones

religiosas en Hesíodo habría que examinar cada uno de esos nombres, el vínculo que tiene cada uno dentro del conjunto y cuáles son los elementos tradicionales o los elementos de creación hesiódica. Como ejemplo de esta investigación, considera Snell los catálogos de las Musas y de las Nereidas. En el primero encuéntrase una alusión a diversos aspectos de la palabra y de la poesía en unión con la música y la danza; en el segundo encontramos nombres homéricos de Nereidas, que designan aspectos del mar, y otros agregados por Hesíodo, que señalan más bien ciertas nociones psicológicas. Destaca asimismo S. otros aspectos hesiódicos con especial referencia a las jerarquías divinas y al lugar de Zeus, así como a la presencia de dos clases de divinidades, las de la luz y las de la sombra, pues a diferencia de Homero, Hesíodo procura diseñar una realidad más completa.

Olof Gigon, conocido por su trabajo sobre Heráclito y su libro sobre el origen de la filosofía griega, es autor de la cuarta conferencia, *Die Theologie der Vorsokratiker* (La teología de los presocráticos, (págs. 127-155, cuya discusión ocupa las págs. 155-166). Este tema está hoy en el centro de la investigación sobre los presocráticos, a consecuencia de la renovación operada en estos estudios durante los últimos treinta años. Luego de referirse a las circunstancias que determinan la especulación teológica entre aquellos pensadores, considera G. el problema de las fuentes y en especial la obra de Teofrasto. Los dieciocho libros de su obra *physikon dóxai* (doctrinas de los físicos) están compuestos siguiendo un punto de vista, que no se preocupa desde luego, por seguir el hilo de una teología natural. Entra enseguida G. en la parte positiva de su conferencia con una importante referencia a Hesíodo, como uno de los textos que pueden ilustrarnos sobre ciertos aspectos de la especulación teológica. Desde Tales a Anaxágoras, cada uno de los presocráticos plantea una particular concepción de lo divino que G. procura recomponer por un riguroso comentario textual. Hay aquí, en realidad, mucho material tomado de su libro sobre el origen de la filosofía griega. Pero, en cualquier forma, la conferencia de G., por la claridad y la precisión, viene a sumarse al trabajo de W. Jaeger, *The theology of the early greck philosophers*, Oxford 1948.

La quinta conferencia *The idea of god in Aeschylus and Sophocles* es de H. D. F. Kitto (págs. 169-189, con la discusión del tema en págs. 189-201). La advertencia preliminar de

Kitto de que no es posible separar el pensamiento de Esquilo o de Sófocles de la forma dramática en que se encuentra expresado es un principio fecundo de su interpretación. Se engaña el crítico que pretende escribir algo sobre el pensamiento de Sófocles sin atender a la forma dramática, y se engaña también cualquier otro que procure profundizar el arte de Sófocles sin preocuparse por sus ideas religiosas. Considera Kitto algunos problemas particulares. En primer lugar, tanto en Esquilo como en Sófocles y Eurípides, los dioses se nos presentan crueles, carentes de una coherencia racional, o con otras imperfecciones. ¿Qué piensan en realidad de tales dioses los trágicos? Un segundo problema: ¿Cómo se debe entender la disputa de los dioses? En el caso de Eurípides, la solución estaría en su pretendido ateísmo; pero, ¿y Esquilo? Sófocles, en cambio, no ofrece esa dificultad, lo cual constituye también una cuestión particular. Tercer problema: ¿Cuál es en la tragedia griega la relación normal entre la actividad de los dioses y la actividad de los hombres? Es muy frecuente, observa Kitto, que la misma acción se desarrolle, al mismo tiempo, en los dos niveles, el divino y el humano. El autor ejemplifica abundantemente esta cuestión. De toda la exposición y el comentario textual apropiado surge la conclusión que en Esquilo los dioses se mezclan mucho más en las acciones de los hombres, en tanto que en Sófocles ellos están al parecer más distantes. En la discusión, Kitto sostiene que la diferencia entre Esquilo y Sófocles reside, fundamentalmente, en que el pensamiento de Esquilo se vincula con el tránsito de la humanidad desde la barbarie a la civilización, en tanto que Sófocles considera las leyes y el misterio de la vida humana misma. Desde el punto de vista de Sófocles, la vida es algo que en sus elementos esenciales no puede cambiar, sus leyes son inmutables. Se podría decir que el pensamiento de Esquilo es dinámico, mientras que el de Sófocles es estático. En Esquilo los dioses participan de las acciones humanas, porque desde su punto de vista los verdaderos fundamentos de la vida han cambiado; hombres y dioses han alcanzado algo nuevo. En tanto que para Sófocles, no ha cambiado nada. En este caso, los dioses no intervienen, puesto que han establecido las leyes inalterables del universo. Estas obran contra los hombres que la infringen, sin necesidad de una especial intervención divina (pág. 190).

Fernand Chapouthier, que falleció prematuramente en el otoño de 1953, sin haber visto la publicación de su bello ensayo, desarrolla el tema *Euripide et l'accueil du divin* (páginas 205-225), sexta conferencia de la serie. Eurípides no es un teólogo como Esquilo; no está preocupado por construir un mundo divino coherente. Tampoco intenta, como Sófocles, destacar sobre un trasfondo divino la estructura de las acciones humanas. Usando una frase de Gide, hay una *disponibilité a l'accueil* como estado de alma esencial en Eurípides. Los dioses son para él un problema esencialmente humano. Recoge por eso mismo toda clase de informaciones, de la religión oficial, de los cultos griegos o de los cultos extranjeros, de los filósofos o de las creencias populares. Se pueden discernir tres tendencias en su movimiento hacia lo divino: 1) Cierta aceptación de la religión tradicional; 2) Un impulso que lo lleva a disociar la idea de Dios de ciertas formas aparentemente necesarias; 3) Una tendencia positiva que lo induce a cargar esta noción así purificada con aspectos totalmente nuevos. Ch., examina por separado cada una de estas tres direcciones. El resultado es, en realidad, un planteamiento original del problema en Eurípides y sobre todo un avance respecto de las antinomias tradicionales con que se lo suele considerar. Por otro lado, el acento de la experiencia personal está considerado dentro de un marco que le otorga su verdadera significación histórica, sin lo cual obtendríamos un psicologismo *avant la lettre*.

La séptima conferencia, titulada *Platons Gottesbegriff* (El concepto de Dios en Platón), págs. 241-271 y 271-292, seguida de una bibliografía fundamental, pertenece al profesor holandés W. J. Verdenius. Este es conocido por su opúsculo sobre Parménides (*Parmenides. Some comments on his poem*, Groningen, 1942) y otros artículos sobre el presocratismo. Dos dificultades ofrece el tema en el panorama platónico: el desarrollo de este concepto dentro del pensamiento platónico y el vínculo de ese problema con otros aspectos esenciales de la meditación del insigne griego. Por eso Verdenius comienza por destacar la multiplicidad en la concepción de lo divino, multiplicidad que debe ser interpretada y reducida a una estructura coherente por el crítico. La identificación entre Dios y la Idea suprema, es decir, la Idea del Bien, debe ser aceptada pese a las objeciones que esta identificación suscita. De aquí, sin embargo, un nuevo y complejo asunto,

la relación entre este Dios supremo y las demás ideas. Verdenius entra, con un conocimiento acabado del texto, en todas las direcciones del pensamiento platónico, destaca el vínculo de Platón con ciertos elementos de la tradición, la obra personalísima del filósofo como una actitud religiosa fundamental que explica la estructura del cosmos y del hombre, sobre todo en relación con lo divino en el alma individual.

El volumen se cierra con un índice de autores y de textos y con otro índice de temas. Ambos facilitan notablemente el manejo de las diversas conferencias.

CARLOS A. DISANDRO.

WOLFGANG KAYSER. Interpretación y análisis de la obra literaria. Versión española de Mamouton y V. Ga. Yebra. Editorial Gredos. Biblioteca Románica Hispánica. Madrid. año 1954.

La aparición de esta obra, en su primera edición castellana, nos acerca nuevamente al agudo problema de la creación literaria, con sus planteos y métodos de investigación, que en estos últimos años, especialmente, han dado cabida a una interesante bibliografía, empeñada en afirmar la estabilidad de la ciencia de la literatura. Las importantes conclusiones, una oportuna reaparición de problemas y definiciones personales hacen de este ensayo una notable labor de observaciones estilísticas.

Trabajo de muy grata lectura, en todo su contenido, basado principalmente —como se señala en el Prólogo— en la edición portuguesa, aunque algunos pasajes han sido traducidos directamente del alemán, con ejemplos especiales para los lectores de habla española, responde a una innegable espera, que permite al lector culto y al enamorado de la literatura, aproximarse científicamente al milagro de la obra literaria, ya que no es posible penetrar en ella.

Una pedagógica claridad, concreción y síntesis de toda una etapa investigadora, informa el criterio con que se orientan los problemas tan debatidos y que tanto interesan y apasionan a los especialistas.

La Introducción, en la que se estudia brevemente el objeto de la ciencia de la literatura, afirma que «todo el estudio teórico de la obra poética está inicialmente al servicio del importante y difícil arte de saber leer». (Pág. 17). Ardua tarea ésta, en la que se agota la existencia y de la que Goethe se lamentaba en su ancianidad, pues afirmaba no haber aprendido aún a hacerlo.

El objeto de la ciencia de la literatura plantea la ya conocida delimitación de lo literario, por un lado, y lo poético, por otro. Al margen de este objeto primordial, el autor ubica la figura del poeta y tiene personales apreciaciones acerca de la importancia del mismo al estudiar la obra literaria. Así señala: «Por principio debemos subrayar que el poeta no es inmanente al texto literario; que, para comprender la obra, no es imprescindible conocer bien al autor. El poeta no está incluido en el objeto de la ciencia de la literatura. Ésta no necesita desistir de su trabajo ni la historia de la literatura abandonar la pluma cuando se trata de cuentos de hadas, canciones populares y otras obras de origen anónimo o colectivo. Debemos acentuar esta separación con toda nitidez, en oposición a una teoría ya en desuso que unía al poeta con el texto de modo inaceptable. Había casos extremos en que, olvidando el texto como verdadero objeto de la ciencia de la literatura, se dejaba a un lado la obra realizada lingüísticamente para apreciar «la obra en el alma del autor»; era ésta lo que el lector debía reproducir en sí y la crítica literaria reconstruir en su máxima pureza». (Pág. 24).

Después de leídos estos conceptos comprenderemos por qué se aboga más adelante por una historia de la literatura «sin nombres», al considerar a la obra poética, por sí misma, como el objeto central de la ciencia de la literatura.

«Sin embargo —afirma más adelante— mientras no se reconozca como ideal la historia de la literatura sin nombres, el concepto de la personalidad del autor seguirá siendo fundamental en la historia de la literatura».

El punto de partida para llegar a determinar el concepto de esta ciencia, es la *Poética* de Aristóteles. Modernamente, fueron sobre todo pensadores ingleses y alemanes quienes perfilaron la nueva ciencia.

La Introducción se prolonga con un capítulo de preparación, verdadera antesala del estudio científico de un texto literario, en el que se determinan los «supuestos filológicos» con los que se fundamenta la tarea del investigador: edición crí-

tica del texto, autor de la obra, fecha de composición y edición, y medios auxiliares para conocer el estado de la investigación en relación con el problema a estudiar.

La verdadera labor normativa se condensa en el núcleo de este estudio, que abarca dos partes esenciales; la primera titulada «Conceptos elementales del análisis», y la segunda, «Conceptos fundamentales de la síntesis». Hallamos una parte intermedia, en cuyo capítulo se discuten problemas técnicos de la lírica, el drama y la épica. La abundante ejemplificación aclara conceptos, y en muchos casos, se ha recurrido a autores españoles, para brindarnos un cabal desenvolvimiento del temario.

En la primera parte, con su procedimiento de análisis, se observa el contenido de la obra literaria, los fundamentos del verso, las formas lingüísticas y los problemas de la construcción. El «asunto», los «motivos», el «leit motiv», se presentan aquí como vasto y productivo campo de trabajo en la historia de la literatura, especialmente de las literaturas comparadas, según la aguda observación de Dilthey.

El autor recorre como sucesivos «campos de observación», los de la sonoridad, la palabra, las figuras retóricas y la sintaxis.

Al referirse a las imágenes, cuyo objetivo es despertar emociones, establece una posición diferencial entre la pintura y la poesía. «La posición frente a la lengua —afirma— es fundamentalmente diversa de la posición ante la pintura. En realidad, resultaría un caos de imágenes, mayor que el que conseguiría producir una película pasada con la máxima velocidad, si el lector o el oyente concretizase todas las imágenes y las correspondientes referencias lingüísticas; tanto más cuanto que éstas saltan constantemente a las zonas más heterogéneas. Esto no quiere decir que no surta efecto ni tenga sentido el lenguaje rico en imágenes. Pero la «visibilidad es sólo una potencialidad». (Págs. 197-198).

Sin abrir juicio definitivo expresa luego: «Sería desconocer por completo la esencia del lenguaje poético pensar que es posible ponerle de algún modo en competencia con la pintura. (Aquí nos encontramos ante cuestiones semejantes a las que se nos presentan acerca de la relación entre el sonido del lenguaje y la música). La verdadera eficacia de las imágenes radica sin duda, parcialmente, en su relativa visibilidad, comparada con lo que la lengua puede rendir de ordinario.

Pero aquella eficacia es mucho mayor en la producción de contenido expresivo». (Pág. 198).

La plasticidad en el uso de los tiempos del verbo en las lenguas románicas y germánicas, la indagación minuciosa en autores españoles clásicos y modernos, aclaran no pocas situaciones y evidencian la verdadera disección lingüística puesta en juego. El estudio de la estructura de la obra literaria, que el filólogo denomina «construcción», en sus fases externa e interna, demuestra, en términos generales, que en la lírica de las últimas generaciones, la construcción externa ha perdido importancia en relación con la interna. Estamos lejos, no sólo del soneto del siglo XVI, sino, en general, de la lírica anterior, en la que el papel decisivo está desempeñado por la métrica.

Otro problema capital que plantea el libro, en su parte intermedia, es el papel de lo consciente en el proceso de la creación artística. Es bien definitoria la posición del autor, a través de párrafos como el que sigue: «Quien se ocupe de los problemas técnicos de la literatura, ya sea poeta o investigador, no necesita hacerlo ocultamente, ni tiene que disculparse por ello. Al contrario, tiene motivos para acentuar la necesidad de tales estudios y puede afirmar con toda razón que la actual degradación de la literatura, en todos los países, procede, en gran parte, del desprecio por la técnica, por lo que es profesional y, consecuentemente, por la tradición. De semejante concepción errónea del «poeta» y de la «producción poética» proviene el repudio de toda reflexión, debido también, no pocas veces a la pereza» (Pág. 301). La actitud del lírico, el poeta épico o el dramaturgo, que corrigen e introducen conscientemente sus metáforas, analizan la oportunidad de un desenlace o el dilatamiento de una situación tensa, o reflexionan en la exposición correspondiente a cada acto del drama, sirve de asidero a las afirmaciones anteriores.

Este capítulo ilumina así algunos aspectos técnicos dentro de los problemas de la lírica, el drama y la épica, como es el de la configuración del tiempo, «campo difícil, pero compensador, para la investigación literaria», y el tan debatido tema de la perspectiva en el arte narrativo, terminología adoptada de la pintura, y que según Kayser, puede llevar a conclusiones de máxima importancia en lo referente al lenguaje y a los géneros épicos.

La unicidad de la obra de arte es el tema central de la segunda parte de esta orgánica obra. El contenido ideológico

se transforma en objeto de un extenso estudio y algunas reflexiones del autor merecen ser transcriptas: «La cuestión de la interpretación de la obra por el autor, ya sean valiosas o insignificantes sus respuestas para la comprensión de la obra, lleva a los grandes problemas de la concepción y del proceso creador. Asimismo la cuestión de cómo ha sido interpretada la obra por su destinatario, es decir, por el público, tampoco puede tener gran importancia para la interpretación en sí. Pero nos lleva a un campo que, indudablemente, pertenece a la historia de la literatura, aunque este campo haya sido, hasta ahora, poco cultivado. La relación entre la obra y el público puede considerarse como un aspecto sociológico de la literatura; es inmanente al fenómeno literario como es inmanente al lenguaje mismo, que siempre requiere ser «entendido» (Pág. 363).

Un extenso y meduloso capítulo nos introduce en el mundo armónico del ritmo en la prosa y el verso.

Llegamos así a la consideración del estilo «campo de problemas al cual convergen desde hace mucho todos los caminos».

El concepto medular y la valoración de los grandes investigadores del estilo son confrontados, y sirven de plataforma para la indagación desde el punto de vista de la lingüística, de la filosofía, del arte, para concluir todos en afirmar que el estilo es algo individual, peculiar de un hombre o una época.

Corresponde así al círculo más íntimo de los problemas de la ciencia de la literatura, el estudio de la personalidad del escritor y de las «fuerzas suprapersonales» que lo rodean; entramos en el campo de lo irracional, para cristalizar en el concepto de que la obra literaria tiene estilo en sí misma, lo que destruye totalmente la conocida teoría de Buffon, ya por cierto superada.

Ofrece particular interés al novel estudioso de la literatura, el siguiente párrafo: «El que quiera investigar el estilo de una obra, lo primero que tiene que hacer es sentirse enteramente penetrado por la obra, sin pensar para nada en formas o rasgos estilísticos. Sólo en el curso de la segunda lectura puede comenzar a observar rasgos, o mejor, dejar que éstos le impresionen. Habrá muchos que reclamen su atención; entonces deberá elegir uno para iniciar la investigación, y puede tener la certeza de que, al interpretarlo en

su aspecto estilístico, en seguida se le ofrecerá una categoría que, como varita mágica, le abrirá el camino para seguir adelante".

Combate el autor el rigor matemático de algunos análisis estilísticos y fija como armas esenciales para la total aprehensión de la obra literaria, la intuición y la sensibilidad regidas por una gran precaución. Debe observarse una "serenidad sagrada", para no dejarse arrebatar por entusiasmos peligrosos.

Y así llegamos al tema siempre candente de los géneros literarios, su vigencia o no dentro de las literaturas.

A la negación de Croce, quien señaló la inexistencia y la falta de sentido de toda división de los géneros literarios, Kayser opone la necesidad de considerar una triple división genérica —épica, lírica y dramática— concediendo gran elasticidad a cada una de ellas, tal cual lo hace Alfonso Reyes, en su libro *La experiencia literaria*, publicado por Losada.

Una densa bibliografía, completada con valiosos índices, cierra este libro que nos admira por los vastos conocimientos del autor, la originalidad de sus puntos de vista y la diáfana claridad con que sabe exponer los más arduos problemas.

Su penetrante capacidad de análisis, de esclarecimiento del misterio del poema, nos permite descorrer muchos velos de lo inaccesible de la obra literaria.

BALBANERA RAQUEL ENRIQUEZ.

FLORENCIO ESCARDO. *Anatomía de la familia*
(Ed. El Ateneo, Buenos Aires)

La educación es en realidad —dice el doctor Escardó— no un mero amoldamiento cultural, sino un acuerdo entre el ritmo interno y el ritmo externo de la vida del sujeto.

Los aspectos esenciales de la psicología del niño, el riguroso método empleado y los resultados conseguidos, constituyen uno de los méritos fundamentales de este importante estudio.

Educación al niño es función típica de la familia y si tenemos en cuenta que cada nuevo intento educativo además de adecuado debe ser biológicamente oportuno, nada mejor entonces que la palabra guía de un pediatra que ha mantenido durante más de un cuarto de siglo un trato intenso y consciente con el complejo biopsicosocial que constituyen el niño y su familia.

Anatomía de la familia es un libro que surge de las meditaciones que el autor ha elaborado a través de sus experiencias profesionales y de las sugerencias que recibió de cientos y cientos de casos enfrentados durante su actuación como pediatra.

El doctor Escardó asevera que el fin de la educación del niño es su mejor integración biosocial, es decir, la óptima adaptación al desarrollo físico, al medio cultural y a las relaciones interpersonales.

Desde este planteo nos conduce hacia el conocimiento del "todo" y el "cómo" de la educación.

El camino elegido es un análisis de las funciones familiares (función-madre, función-padre, función-hijo, función-hermano), los derechos del niño, la educación de los hábitos, la educación sexual y las enfermedades de la familia, e insiste a través de todos estos puntos en consignar, de una manera clara y oportuna, que casi todos los conflictos que perturban la vida familiar resultan de una mala canalización de la energía afectiva.

A través de lo expuesto se deduce que este libro no solamente apunta a la descripción del conjunto familiar, sino que refleja de un modo libre y razonado la línea de conducta que deben observar los padres con respecto al hijo, de ahí que este trabajo constituya una valiosa ayuda para todos aquéllos que tengan la responsabilidad de encarar los problemas del niño.

DORA MELELLA.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

SARMIENTO, CREADOR DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN

El 3 de febrero de 1852, día en que el General Urquiza vence a Rosas en Caseros, señala el punto de partida de nuestra regeneración política. La segunda gran batalla, la de nuestra emancipación espiritual, fué librada por Sarmiento.

El país se debatía en el caos en que lo había sumido la dictadura: las partidas afectadas al sostenimiento de la enseñanza habían sido suprimidas del presupuesto; el pueblo

vivía alejado de las escuelas; los intentos de combatir la ignorancia eran mirados con la mayor indiferencia por las clases pobres, perdidas en las provincias desoladas, ausentes de toda posibilidad de elevación espiritual.

En 1855, en un ambiente hostil a toda inquietud renovadora, rodeado de contemporáneos que ignoraban lo más elemental de los problemas educacionales, en un país que se recobraba lentamente del espíritu de montonera, hace su aparición Domingo F. Sarmiento.

El maestro, que adolescente había exteriorizado en San Francisco del Monte, el impulso más íntimo y más fuerte de su genio: la vocación por la enseñanza; el educador que había creado en el exilio, en medio del fragor de las luchas políticas, escuelas, nuevos métodos pedagógicos, textos, periódicos; que había estudiado en Europa las corrientes pedagógicas más avanzadas de su tiempo, sacudió la indiferencia general, convenció al pueblo de que todos sus problemas políticos, económicos y sociales, eran derivados de la ignorancia en que se lo había mantenido.

Tierra áspera. Tiempos inhóspitos para sustentar semejantes ideales. Comenzó su obra titánica, vio la realidad de su época, mientras otros se perdían en estériles teorías. Realizador insigne, dio soluciones urgentes a los graves problemas de esa época difícil. Como el avaro que convertía en oro todo lo que tocaba "a él se le volvían hechos públicos los más simples actos de la vida privada".

Fue entonces nombrado Jefe del Departamento de Escuelas de la provincia de Buenos Aires, el 7 de junio de 1856. Hasta ese momento la instrucción primaria estaba dirigida por la Universidad.

Su obra fue de una fecundidad extraordinaria. Construyó las columnas gigantes de todo el edificio educacional argentino, poniendo su energía indomable al servicio de su ideal: educar al soberano.

Afrontó incansablemente y llevó a la práctica los grandes problemas de la educación: renta escolar, locales aptos, educación de la mujer, formación del fondo propio de escuelas, provisión de material didáctico, magisterio competente: "las escuelas requieren antes de todo —decía— la presencia del maestro, que es su alma y del que depende su decadencia o su progreso".

Solo con su fe, en un país donde era necesario crearlo todo, entre gentes que no podían comprender que el envío de li-

bro a las regiones necesitadas era más importante que la construcción de un paseo público o la apertura de un reñidero de gallos. Quiso la difusión del libro para engrandecer la Patria. No hay educación posible sin bibliotecas. Escribía: "Entre nosotros derramar libros en las poblaciones interiores es como arrojar semillas en los campos e islas, seguros de que un árbol frondoso ha de nacer en ellos".

El abrió el surco y arrojó la semilla. Comprendió que los restos de barbarie, que las últimas convulsiones de las montoneras necesitaban para aplastarlos armas más poderosas que las represiones sangrientas, "porque cuesta más reprimir las rebeliones con ejércitos que propagar por medio de la escuela pública los conocimientos que dan al hombre la aptitud del trabajo inteligente y la capacidad de los derechos que nuestras leyes le confieren". Eran las armas invencibles de la cultura que él iba a esgrimir desde todos los frentes, el agua esclarecedora que haría brotar desde las napas más profundas hasta el postrer instante de su vida.

Como Director General de Escuelas, inició la publicación del periódico oficial «Anales de la Educación Común», fundado el 1º de enero de 1859. Intuyó qué precioso auxiliar de la escuela podría ser el periodismo educacional. A él corresponde pues, el mérito de haber redactado la primera Revista de Educación en nuestro país. Como en El Nacional, en Anales proseguiría la brega en pro de la educación. Ese semanario reemplazó con sus páginas la falta de orientación pedagógica de los organismos oficiales. La publicación fue creada para los maestros de la Provincia, «yo os enseñaré el camino y os enseñaré a vencer las dificultades que lo embarazan» y para dar a conocer la obra por ellos realizada. Pero sus miras iban más allá de los ámbitos de la escuela. Se preguntaba en las palabras que prologaban el primer número de la Revista: «¿Cuáles serán los lectores? Antes que los maestros me interesará el público, los que más de cerca habrán de cooperar a la mayor difusión de la educación, los que han de legislar sobre ella, y los que aun en país extraño puedan ayudarnos con su consejo o con su ejemplo».

Veía en todo el país una escuela inmensa. Quería que la influencia de esa publicación alcanzara a todos los sectores. Pensó como al fundar El Zonda en 1839: «Un periódico es pues, todo, el gobierno, la administración, el pueblo, el comercio, la junta, el bloqueo, la patria, la ciencia, la Europa, el Asia, el mundo entero, todo». Y la destinataria suprema,

la Escuela, laboratorio de la moralización del hombre. Se lamentaba que las luchas por la Independencia de América, habían sembrado por doquier cuarteles, campos fortificados y talleres de instrumentos de guerra, «fáltanos —decía— la Escuela, base indispensable de todo el edificio social, el palacio del pueblo, el cuartel de la disciplina y la táctica de las repúblicas democráticas».

Con la creación de Anales, agregaba un jalón más en su vasta empresa educacional. Infundió a la Revista su aliento poderoso de periodista y de maestro. Da a esta publicación un valor histórico excepcional pues fué el órgano oficial documentado, enteramente fehaciente de toda la marcha educacional desde sus orígenes en la Provincia, en la Nación y en el Mundo, por medio de traducciones, textos de instrucción, programas, reglamentos y leyes extranjeras de distintas épocas y naciones. En ella puede estudiarse ampliamente la historia Universal de la Educación.

Dos meses antes de la publicación de la Revista (el 1º de noviembre de 1858), Sarmiento redactó e hizo difundir profusamente dentro y fuera del país, un Programa prospecto, en que delineaba, en un plan general, la finalidad de sus páginas. Lamentablemente no se conserva ningún ejemplar que contenga esa enunciación de propósitos, pero podemos reconstruirla a grandes rasgos de acuerdo a algunos párrafos transcritos por la educadora Juana Manso. Sarmiento se proponía en ese primitivo ideario: Inculcar la necesidad de la más amplia y completa difusión de la enseñanza en el pueblo; popularizar las doctrinas educacionales; constatar en sus páginas las leyes, decretos y medidas concernientes a ese fin; historiar los esfuerzos de los pueblos que han progresado en materia educacional y confrontarlos con el atraso de otros para que pueda ser provechosa lección en el presente y en el porvenir. Demostrar que la ignorancia de los pueblos es factor de disturbios y alarma perpetua para la sociedad y que esteriliza los gérmenes de la riqueza pública.

Se proponía recoger todas las observaciones relacionadas con los obstáculos que dificultan el desarrollo de la instrucción, estudiar las causas que los producen y señalar los remedios que puedan conjurarlos. Aspiraba por medio de esa publicación a poner al lector apartado de los centros culturales, en contacto con todo el movimiento intelectual europeo y americano, poniendo a su alcance los elementos necesarios. Dar a conocer el movimiento periódico de las escuelas de la

República, averiguar el costo de ambas ramas de la instrucción primaria y superior, y propiciar el censo de las poblaciones.

Nada escapaba a su cerebro poderoso. Y por sobre todo, el principio de la libertad, el patrimonio más precioso del hombre, cuya conquista sólo se logra por medio de la Educación. Sarmiento amaba la libertad. Había vivido por ella y sufrido por ella. Agregó con palabras eternas: «Generalizar la convicción no sólo de que la educación del pueblo es la base de la libertad, la garantía del goce del derecho, el decoro social, sino que es más que todo eso: el instrumento de su prosperidad que no puede desarrollarse sin industria y sin ilustración. Y nada de eso puede producir la ignorancia y la molicie, arraigadas desde la infancia».

Este afán de Sarmiento en defender las fuentes de nuestra cultura ¿cómo pudo sobrevivir a una época de incompreensión, cuando las partidas destinadas a las escuelas eran borradas del presupuesto, cuando el país se alistaba para la guerra civil, cuando el Senado declaraba por mayoría que en vez de escuelas era preciso gastar en precaverse contra los indios? A todo hubo de recurrir su genio y su ingenio para salvar el incipiente órgano de cultura. Pudo decir más tarde, en carta dirigida desde Lima: «Realicé en la Argentina algunos hechos grandes, pero aseguro que nunca me vi obligado a desarrollar mayor tino y más cuidado que cuando, oscuramente, tuve que maniobrar en el Departamento de Escuelas...».

Al promulgarse después de algunos años la Ley de Educación común, aquel primitivo programa de Sarmiento, quedó sintetizado dentro de la siguiente declaración que en nada excluía los rumbos orientadores trazados por su fundador: «Una publicación periódica, en que se inserten todas las leyes, decretos, reglamentos, informes y demás actos administrativos que se relacionen con la Educación primaria; como asimismo los datos, instrucciones y conocimientos tendientes a impulsar su progreso».

Sarmiento dirigió personalmente la Revista de Educación durante muchos años y fue su preocupación constante, aun no estando al frente de la Dirección General de Escuelas, aun fuera del país. Por intermedio de Juana Manso, a quien legó esa creación, cara a su espíritu de maestro, siguió siendo su inspirador, como se advierte en la correspondencia que sostuvo con su continuadora a la que orientaba con sus con-

sejos y con el envío de textos desde el extranjero, material con que se formó la valiosa biblioteca de la revista.

Juana Manso quedó al frente del Semanario después que Sarmiento abandonó el Departamento de Escuelas. Gracias a la energía de esa digna maestra, la publicación pudo subsistir algún tiempo. La defendió en medio de persecuciones, ultrajes y calumnias. En sus páginas palpita el latido de los nobles esfuerzos por conservarla. Pero «faltaba el hombre» según sus propias palabras. Su obra vacilaba: «son nuestras aspiraciones, dijo un día Juana Manso, afirmar la existencia de esta publicación más allá de los límites que el Creador haya impuesto a nuestra vida...». Así eran aquellos educadores. Sembraban para el porvenir. Su obra ha sobrevivido a sus propias vidas.

Han pasado veinte años. Sarmiento, que había partido a la dura milicia de su vida desde la falda de los Andes nevados, con el solo bagaje de sus sueños y de sus esperanzas «ha recorrido toda la escala de los honores humanos y remontado todas las eminencias de su Patria».

Aquel argentino insigne, lo mismo pasaba de Presidente de la República a Superintendente de Escuelas o solicitaba un juzgado de paz en oscuro villorio. Acudía a donde lo llamara la Patria, sin detenerse en estériles orgullos «no a gozar honores, sino a trabajar humilde y pacientemente, a poner mi hombro en el edificio que se desploma». Y siempre con la educación como ideal. Educar era llevar la felicidad a sus semejantes «para que todos pudieran por igual participar en el festín de la vida».

Este hombre que había acometido todas las empresas, pero que ostentaba como supremo galardón de su existencia el homenaje de las escuelas primarias, que había dado a su pueblo, deprimido por la miseria, la anarquía y el despotismo, «la audacia del progreso y el coraje de la vida» está en 1879 otra vez al frente de la Dirección de Escuelas de la Provincia.

Se le confirió este cargo, como un reconocimiento a sus méritos de educacionista, siendo Presidente de la República Nicolás Avellaneda y Ministro de Gobierno de la Provincia, Aristóbulo del Valle. Se desempeñó con el asesoramiento de un Consejo General de Educación formado por ocho personas.

A propósito de esta designación escribió: «Con este honroso puesto que el Senado de Buenos Aires me ha asignado creyendo poner the right man in the right place vuelvo a la empresa que fue la misión de mi existencia...» Estaba real-

mente el hombre en el lugar que le correspondía. Volvió a figurar su nombre al frente de la Revista que ni siquiera había conservado la denominación primitiva. En sus páginas vibró nuevamente la elevada aspiración del insigne educador y su desvelo permanente por la Escuela. Escribe con acento lleno de lirismo: «La cuna del pueblo es la escuela pública». Afirma su respeto por la ley suprema de la Nación: «La Constitución arriba como un tablero, la escuela abajo para deletrearla, porque la ley que lo rige está escrita, porque el desenvolvimiento humano se comunica por escrito».

La Revista revivió con trabajos de alto valor pedagógico. El colaborador principal de Sarmiento en esta época fue don Julio A. Costa, primero secretario, luego director del periódico cuyo nivel moral e intelectual contribuyó a elevar.

Sus páginas difundieron las ideas pedagógicas de los pensadores más eminentes, contribuyeron a ilustrar el criterio del maestro y a justipreciar la obra de la escuela. No sólo fue una publicación útil al magisterio, tendiente a mejorar sus cualidades profesionales, sino un archivo documentado de la propia obra.

La actuación del fundador al frente de la Revista fue más breve que la inicial. Alejados Sarmiento y Costa, la publicación decayó cambiando hasta su denominación.

Larga y accidentada fue, posteriormente, su trayectoria. Se sucedieron a su frente autorizados educadores, colaboraron en sus páginas maestros competentes y experimentados. Tuvo como la vida sus luces y sus sombras. Se silenció su voz orientadora durante años, nefastos para la cultura del país. Volvió a surgir, como signada por su creador, que sufrió cárcel, destierro, persecución, laceria y se levantó siempre retemplado para la lucha.

Alto destino el de esta Revista de Educación, pronta a cumplir el siglo de existencia. La creó Sarmiento, forjador de la República. Sembró en ella, seguro de su siembra. Pensó al abandonarla «entregar a otros más robustos la tarea comenzada».

AMALIA C. ANTELO DE BRITO.

SARMIENTO, LA NUEVA CAPITAL Y LA IMPRENTA

No existe posibilidad alguna de entender la cultura con omisión de la imprenta. La imprenta, por su sola vigencia, se torna en una alta manifestación de cultura. Un retorno, pues, a la Revista de Educación es una bella manera de tomar contacto con las videncias sarmientinas. Ya le anticipaba Sarmiento a José Posse, su entrañable amigo, en carta de 1859: "Te acompaño los dos primeros números de los *Anales de Educación*, que hago marchar con más éxito que en Chile, y cuento elevar a la altura de la de Estados Unidos". El papel impreso para Sarmiento era un elemento de culturalización. La cultura pues como un instrumento de educación. Todo lo que hizo se hallaba abastecido de la fe tesonera con que trabajó por el porvenir del espíritu. Jorge Luis Borges lo definió con acierto: "Sarmiento (norteamericanizado indio bravo, gran odiador y desentendedor de lo criollo) nos europeizó con su fe de hombre recién venido a la cultura y que espera milagros de ella..."

La imprenta estuvo permanentemente vinculada a su existencia, que fué un móvil educador. Lo que la imprenta produce, debía ser el vehículo de sus ideas vitales. Miguel de Unamuno, que mantuvo una renovada simpatía por Sarmiento —"el escritor en lengua castellana que prefiero a todos los demás del siglo pasado" —dijo en uno de sus ensayos sobre literatura sudamericana: "Y así —vuelvo a citar un americano y el más grande de ellos entre los que escribieron—, Sarmiento, que nunca se paró en tecnicismos, tiene estilo, y no lo tienen esos señoritos que se pasan la vida piroleándose los unos a los otros. Y Sarmiento lo tuvo porque no se preocupó de tenerlo, ni fue un orfebre, sino un recio forjador que batió el hierro en caliente, sobre un yunque levantado en medio del campo, al aire abierto, y no en torre de marfil. Y, sobre todo, porque era un hombre patriota, preocupado por problemas que importaban a su pueblo".

El pueblo —la patria— fue su pasión. La cultura entraba en sus especulaciones como un elemento de superior formación humana. "Hagan barbaridades", exhortaba Sarmiento a José Posse. Lo importante era hacer sobre el territorio bal-

dío de la patria. "La vida es corta —insiste— y es preciso vivirla y dejarle rastro de nuestro paso". El rastro de Sarmiento es toda la cultura nacional. "Alberdi, Sarmiento y Mitre —señala don Alejandro Korn— son, en el período que examinamos (positivismo) los númenes más altos de la vida argentina, con legítimo orgullo nuestro pueblo personifica en ellos al genio nacional".

¿Habría cumbreado Sarmiento las altas señales del pensamiento nativo si no hubiese contado con la imprenta? Es preciso volver hacia ella en la hora del reencuentro espiritual. Es decir, en el instante en que la Revista de Educación reaparece en la capital de la Provincia. Al recuperar su nombre corresponde recordar el elogio de Sarmiento a La Plata. Dice en carta de 1885 a José Posse: "Estuve en La Plata, y he quedado asombrado de lo que he visto, no de Rocha que ha hecho mucho laudable sino de la vitalidad del país y su fuerza de expansión. He recorrido las partes del mundo culto que vegetan y crecen y te aseguro que no hay nada en la tierra de este crecimiento. Es una ciudad evocada; pero con todos los caracteres del año en que florece. Veré allí la educación rápida que recibe el público con el contacto europeo, las ideas. La Plata sale a la luz con luz eléctrica, con palacios, y monumentos clásicos, con parques antiguos, calles empedradas, bulevares que se cruzan en ángulos rectos y en diagonales; y con un puerto profundo, elaborado a la holandesa, y que de dos leguas vendrá a la puerta de los almacenes a depositar sus mercaderías. Estamos pues muy avanzados en inteligencia creadora en arte, y en ciencias aplicadas al bienestar. La América es la antigua colonia, hasta en Chile que ha andado bastante. Esto que como todo está saliendo del molde todavía caliente, es algo mejor que aquéllo. Sería como Atenas si hubiera un altar para colocar el Partenón. Me parece que me iré a morir allá entre cosas nuevas y formas elegantes".

¿Y la imprenta? La imprenta está junto a las ideas. La Plata nace con ideas. Y renace con la imprenta. Buenos Aires contaba ya con la Revista de Educación, la que su fundador aspiraba a "elevar a la altura de la de Estados Unidos". La Nueva Capital no podía aspirar a ser la Atenas del Plata sin el elemento difusor de sus hondos sentimientos humanistas. Y la imprenta se incorpora a su destino de ciudad nueva y engreída. Y como para darle razón al atisbo

de Sarmiento, por las prensas de una genuina editorial platense —Olivieri y Domínguez— ve la luz la primera edición sudamericana de "EL QUIJOTE". Lo definitivamente puro de la fina espiritualidad de España debía hallar la vertiente sudamericana en una ciudad nueva y clara, que recién nacía en la desértica llanura bonaerense. Sarmiento ya no estaba para complacerse con el cumplimiento de su profecía.

Empero, la imprenta se vinculó una vez más a la historia con la historia del gran predestinado. Y queda formulado su elogio.

ALBERTO FERNANDES LEYS.

LA PLATA ESTÁ EN DEUDA CON SARMIENTO

Don Domingo Faustino Sarmiento fué el primer director de Escuelas que tuvo nuestra Provincia y el fundador, precisamente, de esta Revista. De la eficacia de su labor cultural son testimonios más que suficientes, por otra parte, las siguientes creaciones suyas; fundó infinidad de escuelas, a tal punto que hizo ascender el número de niños que recibían educación de treinta mil a cien mil; subvencionó a la instrucción primaria en las provincias; instituyó un premio de diez mil pesos para el Estado que mayores empeños demostrara cada año en difundir la enseñanza; dictó un plan moderno de seis años para los estudios secundarios en el que incluyó a las ciencias y a los idiomas; en San Juan y Catamarca creó la profesión de ingeniero de minas y fundó museos de mineralogía y gabinete metalúrgico; proyectó una imprenta nacional; dictó la ley de Bibliotecas Populares, dando vida a más de cien de esas instituciones; creó varias escuelas de agricultura, el Colegio Militar y la Escuela Naval, el Observatorio Astronómico de Córdoba, la Academia de Ciencias y la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de Buenos Aires.

Bastarían esas iniciativas para que su figura mereciera la consagración del bronce. Pero no fué sólo eso lo que el viejo luchador hizo por el país y por el primer Estado Argentino. Existen otras circunstancias y otras razones para que La Plata rinda el tributo de su admiración y de su reconocimiento a quien, aparte de ser uno de los propulsores del progreso argentino, demostró por nuestra ciudad una devota solicitud

que, por venir de tan ilustre estadista, resultaba para la capital de la Provincia una consagración estimuladora.

Elogios de Sarmiento a La Plata.— El supremo maestro argentino visitó las obras del puerto local el 20 de octubre de 1885. Quedó tan asombrado de lo que pudo contemplar; su espíritu se exaltó tanto, que nada tiene de extraño que dijera: «esto me excita de tal manera, que esta noche estoy casi seguro de no dormir; me he de pasar la noche sintiendo el golpe del martillo, el silbato del vapor y la respiración agitada de esos motores que dominan lo que hay que destruir para la gran obra. Me parece estar en Norte América».

El 9 de noviembre del mismo año publicó sus impresiones sobre La Plata en «El Diario». De ellas son síntesis cabal estas palabras: «Siéntese el habitante de Buenos Aires en el mundo que ha soñado, porque La Plata es el pensamiento argentino tal como viene formándose e ilustrándose hace tiempo, sin que nadie se dé cuenta de ello». En otra ocasión escribió: «Me despido de La Plata revivido, reconfortado, pues antes de ser lo que somos y poder conjeturar lo que seremos... dudaba de las fuerzas vegetativas y de los progresos morales y sociales que hacemos para salir del molde colonial que en La Plata ha sido dejado de lado para inventar habitantes con moradas modernas». El lector debe tener en cuenta que frases tan encomiásticas eran expresadas en medio del coro de críticas que a diario difundían los enemigos de la ciudad.

No paró ahí el entusiasmo de Sarmiento por la flamante ciudad. Desde su pedido de establecer domicilio «en la nueva y grandiosa capital», pasando por el interés que demostró por los eucaliptos del Bosque, hasta su dedicación por el Museo de Historia Natural, el ilustre patricio dió pruebas de que la ciudad lo había conquistado definitivamente. Pero su deseo de ser un vecino de la ciudad vilipendiada merece párrafo aparte.

Un vecino frustrado.— En 1886, Sarmiento solicitó al gobernador D'Amico que se le cediesen tierras en La Plata, en carácter de permuta con una quinta que poseía en Chivilcoy, pues era su deseo «establecer su domicilio y pasar algunos de sus postreros años en la nueva y grandiosa capital de la provincia de Buenos Aires, a la que tantos servicios había prestado». La Legislatura dispuso el 17 de agosto del mismo año «donar en propiedad al señor general Domingo Faustino Sarmiento una quinta de cuatro manzanas dentro del ejido

de la ciudad». El ilustre sanjuanino rechazó la donación porque deseaba no una quinta sino un lote de tierra dentro de la planta urbana y porque había pedido una permuta. La Legislatura autorizó entonces a la administración del Ferrocarril Oeste a indemnizarle por los perjuicios que le había ocasionado al ocuparle sin cargo por más de veinte años su quinta de Chivilcoy. Sarmiento recibió de dicha empresa veinte mil pesos, que le sirvieron para costear la asistencia de su última enfermedad y el viaje a Paraguay, donde halló la muerte.

«De esta manera —dice el profesor don Carlos Heras en su estudio sobre Sarmiento y sus recuerdos sobre los comienzos de la ciudad— si La Plata no tuvo el orgullo de contar a Sarmiento entre sus habitantes, contribuyó en forma indirecta a aliviar sus penurias económicas en los últimos días de su vida y a que pudiera pasarlos con la holgura y decoro a que tenía derecho por haber consagrado su existencia al bien de la República».

Una ceremonia infructuosa. — Sin embargo, La Plata no ha cumplido con el homenaje de gratitud que le debe. El 25 de setiembre de 1888 fué dictada una ley mandando crear una escuela graduada mixta que llevaría su nombre, ley que no ha sido concretada. Tampoco se levanta frente al Ministerio de Educación la estatua costeada por suscripción popular en cumplimiento de la ley de julio de 1897. Bien es cierto que en la entrada de la escuela de 12 entre 67 y 68, existe una estatua de Sarmiento, pero es apenas un motivo decorativo en la arquitectura del edificio. En lo que respecta al monumento que debía erigirse frente a la entrada del Bosque y cuya piedra fundamental se colocó... Pero hagamos un poco de historia.

El 22 de febrero de 1911 el gobierno nombró una comisión encargada de preparar homenajes al maestro sanjuanino, la que quedó constituida por los señores Arturo H. Massa, doctor Dalmiro Sáenz, doctor Enrique Rivarola, doctor Octavio Amadeo y Luis M. Doyhenard. Dicha comisión cumplió dignamente su cometido y el 1º de abril del mismo año tuvo efecto la colocación de la piedra fundamental.

«En el lugar de la fiesta —dice «El Día»— se habían levantado tres grandes palcos en forma de martillo: uno destinado al gobernador y comitiva oficial, otro para las familias invitadas y el último para los niños de las escuelas encargados de cantar el himno a Sarmiento. En el centro de ese martillo estaba colocada la piedra fundamental sobre un pequeño ta-

blado tapizado por alfombra roja. Gran número de banderas y gallardetes circundaban el sitio de la ceremonia inaugural».

Asistieron a la destacada ceremonia el gobernador Arias, su ministro de Gobierno, doctor French, otras autoridades y una extraordinaria cantidad de público. Formaron fuerzas militares y niños de las escuelas.

«El gobernador y su comitiva —agrega el prestigioso matutino citado— se dirigieron después al pequeño tablado donde estaba depositada la piedra fundamental, procediendo el esribano D. Antonio J. Márquez a leer en alta voz el acta correspondiente, que una vez firmada se colocó en una caja de plomo donde se depositaron además varias plaquetas conmemorativas, monedas, medallas y una escarapela que el gobernador desprendió de su *boutonnière*. Entre tanto se efectuaba la operación de lacrar la caja, un coro de niños de las escuelas entonó el himno a Sarmiento, dirigido por el maestro Serpentiní.

«La caja fué colocada en el hueco de la piedra fundamental. El gobernador se adelantó entonces para echar la primera palada de cal, utilizando al efecto una cuchara de plata y pronunciando en ese momento estas palabras: "Hago un voto ferviente porque la estatua del ilustre maestro, que se elevará sobre esta base, perdure en los tiempos, como perdurará su doctrina de moral política, de justicia y de libertad".

Pronunciaron discursos el ministro de Gobierno, el doctor Rivarola, presidente de la comisión de homenaje y un colegial. El doctor Rivarola trazó una magnífica semblanza del prócer, terminando su pieza oratoria con estos conceptos:

«La comisión nombrada por el Poder Ejecutivo en cumplimiento de la ley de 11 de febrero para organizar los festejos de esta Provincia en honor de Sarmiento, decidió prestigiar la erección de una estatua y marcó este lugar para exteriorizar su propósito.

«Nuestra ciudad, engalanada hoy en homenaje al maestro entre los maestros y al pensador entre los pensadores argentinos, no es solamente la capital de una provincia en que la naturaleza vuelca generosamente sus dones más preciados; no es solamente la ciudad capital que ve reflejar su belleza naciente en las aguas del patrio río; es más, es una ciudad universitaria, llamada a ocupar dentro de poco, si no lo ha alcanzado ya, el primer rango en Sudamérica. Dentro

de esta ciudad, que, en porvenir cercano, dará al país entero hombres preparados para servirle efizcamente en las ciencias, en las artes, en las industrias, hombres hechos por la índole de sus estudios para vivir la vida de las instituciones libres y contribuir al bienestar moral, político y material de los argentinos; dentro de esta ciudad existe una llamada república universitaria, que extiende las distintas ramas de su poder intelectual, desde el laboratorio en que se examina con el microscopio la misteriosa y creadora célula de la sustancia gris, hasta el gran ecuatorial en que se observa la marcha de los mundos en la infinita profundidad del cielo. Por aquí, en este centro de la república universitaria, camino del Colegio Nacional y del Observatorio, sitio de recreo en cuyas horas de soledad la meditación se sienta como un huésped a la sombra de los árboles frondosos, mil generaciones de estudiantes pasarán, llevando en el alma el ideal que guíe la juventud, y al encontrar a su paso la efígie de Sarmiento, con la frente inclinada, sentirán en sus corazones lo que hoy nosotros sentimos; amor de patria y de gloria y la familia argentina será así una sola, como la soñó primero y concurrió a formarla después, el hombre genial a quien hemos consagrado las hondas y gratas emociones de este día".

En octubre de 1943, una modesta entidad platense, la biblioteca General San Martín, realizó, en memoria del gran educador, un homenaje simbólico, mejor podríamos decir un acto de desagravio, al colocar una ofrenda floral en el sitio elegido para erigir una estatua. ¿Quedará ese lugar todavía mucho tiempo esperando la figura del eminente hombre público?

ROBERTO SARAVI CISNEROS.

Crónica

DISCURSO DE DESAGRAVIO AL MAESTRO

Las resonancias de las voces de hoy apagan las que se profirieron durante más de una década de odio a la inteligencia.

La Revolución Libertadora hace poco más de un mes, al vencer una acción de barbarie y de retroceso la rindió con la fuerza de la libertad y el decoro. Bastó que se incorporara la auténtica tradición de los argentinos para que se tornara a los carriles de nuestra historia y que el cielo ensombrecido fuera rasgado por la luz clarificadora de la sinceridad triunfante.

Vivimos una época de revelaciones, de cifras y de descubrimientos sensacionales, de conocimiento de atentados a los hombres y a las instituciones, a las ideas y a los principios rectores que Mayo hizo nacer y que fueron el mandato de las sucesivas generaciones argentinas.

No pudo faltar, por cierto, en este mismo lugar, el ultraje al maestro, elemento eficaz de la continuidad de los principios argentinos que grabaron las mentalidades esclarecidas de la Patria.

Si hay alguien que merezca en este momento histórico de la restauración y de la reorganización nacional, un acto de desagravio por los vejámenes y persecuciones sufridos durante el régimen de ignominia vencido por la Revolución Libertadora, ese alguien es el maestro argentino.

Nadie como él fué sometido a tortura y a violencia moral más grande, obligado día a día a ejecutar ese diabólico proceso de deformación del alma de los niños,

a inculcarles constantemente los principios inconfesables del oficialismo depuesto; ningún ciudadano fué como él vigilado, humillado y escarnecido por los que se habían erigido a sí mismos en dueños y únicos intérpretes de la Nación.

Sin libertad no hay educación posible. La esclavitud y la servidumbre conducen a la subalternización del ser humano, y no a su elevación y su superación. Y educar es incidir en el ser en un proceso que va desde adentro hacia afuera del individuo, con un solo fin: mejorarlo, capacitarlo para la vida libre en una sociedad libre, favorecer el armonioso desenvolvimiento de su inteligencia, de su alma y de su cuerpo para que logre su felicidad en medio de la felicidad de sus semejantes. Para ello, el maestro que lo es de corazón —y sólo éstos merecen serlo—, no pide sino una cosa: que nadie ni nada se interponga entre él y sus alumnos en esa comunión maravillosa que es su entrega diaria y constante a sus discípulos. Consideración y respeto de parte de las autoridades, una recta orientación en materia de enseñanza, inspirada en los principios eternos e irrenunciables de nuestra nacionalidad, y un clima de auténtica, de absoluta libertad para el cumplimiento de su tarea. Eso es lo que necesita y lo que pide todo maestro verdadero, a esta altura de la civilización, para actuar eficazmente en la noble misión que el Estado y la sociedad le confían. Qué otra situación terrible y monstruosa era la de nuestro magisterio en los largos años de la Tiranía y del desgobernio que ha padecido el país hasta el triunfo de la Revolución Libertadora. Programas infames, impregnados de proselitismo y orientados hacia principios totalitarios y de odio de clases que no son, que no podían ser nunca, los de nuestra limpia tradición democrática y republicana; libros de texto que no eran sino viles instrumentos de inoculación de esos principios, y tristísimos testimonios de la obsecuencia y de la adulación; instruc-

ciones arbitrarias de la Superioridad, tendientes a hacer de la escuela un lugar de adiestramiento para la esclavitud y el servilismo, y del maestro un dócil instrumento de ese designio condenable, nunca visto en nuestro país; un régimen discriminatorio e injusto de nombramientos y ascensos que postergaba al más capaz y al más digno y que exaltaba a los cargos superiores a los obsecuentes y a los aventureros; delaciones, sumarios especiales practicados por oficinas innombrables, hoy desaparecidas por nuestra orden; cesantías y exoneraciones a granel, muchas de ellas con causales que honran a sus víctimas, como la de no profesar la doctrina oficialista o no llevar luto por la muerte de la esposa del ex presidente depuesto. Cuánto dolor y cuánta amargura en la familia de la docente argentina, nunca vejada y ultrajada como lo ha sido en el régimen de delincuencia que acaba de caer tan estrepitosamente.

Y por si ello fuera poco, la befa y el atropello a la dignidad del maestro, constante en el régimen depuesto, y uno de cuyos tristes episodios motiva este merecido desagravio que todos, autoridades y pueblo de la provincia, realizan con honda emoción en este acto que habrá de ser memorable en los anales del magisterio bonaerense.

Quienes ofendieron de hecho y de palabra al maestro y al docente argentino, olvidaron, al escribir las torpes palabras, a la abnegada maestra de primeras letras que les enseñó con amor y con infinita ternura a leer y escribir en su niñez. Incapaces de cualquier sentimiento noble, la gratitud, el reconocimiento y la justicia estuvieron ausentes de sus obsecadas conciencias.

Maestros de la provincia, soldados de la resistencia que con vuestra pasividad y falta de calor en la acción proselitista que se os imponía, o con vuestra abierta rebeldía, salvasteis a miles de conciencias infantiles de la contaminación y el envilecimiento paulatino a que todo

el país era llevado por quienes se habían adueñado del mismo: como Ministro de Educación, como profesor y como ciudadano, yo os saludo y os señalo ante la conciencia de todos como a las víctimas más sufrientes del régimen caído y como a los colaboradores de todas las horas, desde el primer día, en la cruzada por la recuperación del alma y del destino de la nación que esta Revolución Libertadora ha concluido, heroica y gloriosamente, ante el asombro y el regocijo de América y del mundo.

Por la Revolución Libertadora, por la libertad y porque el espíritu del grande e inmortal Sarmiento, soldado número uno, siempre, en toda lucha a muerte contra la barbarie en nuestra patria, vuelva a presidir nuestra tarea fervorosa de maestros y de ciudadanos.

JUAN CANTER,
Ministro de Educación
de la provincia de Buenos Aires.

Discurso leído el 28 de octubre de 1955 en la Escuela Normal "Mary O. Graham".

EVOCACIÓN DE LA REVOLUCIÓN DEL SUR

MENSAJE DIRIGIDO AL PUEBLO DE CHASCOMUS

Señor Ministro, señor Comisionado, maestras y maestros, alumnos de la ciudad de los mártires, señoras, señores:

En nombre del señor Interventor Federal, Coronel Arturo Ossorio Arana, vengo a rendir tributo recordatorio a los Libres del Sur.

Mucho cielo y mucha tierra, la pampa en su escenario agreste está aguardando un gran drama, un gran drama de libertad; mejor dicho, de primavera de libertad.

Estancias levantiscas; amaneceres esperanzados; noches de silencios torturantes; reunión de gauchaje bravo; vivaques a la sombra de las lanzas; tropa emponchada de polvo; fogones con bordoneos de guitarras; tanteos con el dedo sobre el filo de los facones; tropillas reunidas con la madrina en punta; riendas caídas de los pingos ensillados con aperos relucientes; asadores clavados; calderas sobre las brasas para matear; ruedas de narraciones y leyendas; acerbo de folklore.

Todos esperan la señal del humo lejano; bandadas de pájaros revoloteando despiertan desconfanzas; tomberos sobre los pastizales otean el campo; el estallido de la insurrección sigue en demora; el barco de Lavalle no asoma en el horizonte.

La revolución derivará en revuelta. Se sufre, se siente la pesadez de la marcha de las horas, los nervios se crispan, el sueño se desvanece, se siente esa fenomenología de la desesperación que los argentinos hemos conocido durante una década de conjuras y fracasos.

Allí en «Los Talas», aguarda Echeverría. La incertidumbre lo inunda, no obstante concibe el canto triunfal de la libertad:

El sol de otro mayo brilló, compatriotas,
llegó el día grande de la libertad.

He aquí, por qué, una auténtica bandera argentina, sin bonetes, ni franjas rojas, se encuentra replegada en su asta, en expectativa, en esos momentos.

Rosas desenreda la madeja, mira hacia el Sur, su servicio de informaciones es perfecto, es un precursor de los que debimos soportar los argentinos en el régimen depuesto. La historia, señores, me enseñó a sufrir. Yo escribía un estudio sobre Alem para la editorial Raigal, cuando contribuía con mi acción a la Revolución Libertadora. Llegaban los mensajes de los exiliados, no se podrá aguardar más. La acción de los tiranos es siempre para ella, sus medios antiguos y modernos, son semejantes, los medios de propaganda y de espionaje activos impiden una preparación prolongada. Así toda revolución debe muchas veces abortar para evitar ser copada por la delación. Tal fué lo que les ocurrió a los Libres del Sur. Rosas ha sentido el movimiento, se percata que en Dolores ocurre algo, advierte al Juez de Paz *«que cuando el río suena agua lleva»*.

En materia revolucionaria, las promesas son siempre copiosas, la colaboración restringida y la carta de triunfo, de fertilidad extrema. El acomodo y la adaptación del hombre son asombrosos y revelan esa propiedad conocida con el nombre de mimetismo que poseen algunos animales y plantas de asemejarse, en el color, a los seres inanimados entre los cuales viven. Aquellos hombres recibieron promesas, no pocos se replegaron en la acción y en la hora del desastre apreciaron muchos enemigos en el círculo de los suyos. ¡Cuánta perplejidad

y tristeza deben experimentar los hombres de toda revolución!

La operación combinada ha fracasado, y la adversidad se cierne ya sobre los libres. Los Maza han caído, uno fusilado, otro apuñaleado. Son hombres del círculo de Palermo. Es una horrenda tragedia que afecta a la intimidad del Tirano. Juan Nepomuceno Terrero no ha podido salvar a don Manuel Vicente, a quien el temor le impide llegar hasta Rosas; y cuando en la Legislatura se apresta a renunciar dos facones terminan su obra.

En realidad, como dijera Ravignani en sus *Inferencias sobre Juan Manuel de Rosas y otros ensayos*, el dictador se ha sentido conmovido; el bienio 1838-39 «fué el más álgido para sus afectos». Efectivamente sufre sacudidas sentimentales: desaparece Estanislao López, muere doña Encarnación, pierde a su padre, a sus amigos íntimos los dos Maza, quienes conspiran contra su persona y autoridad. Por último, el gran levantamiento del Sur, en ese Sur de Buenos Aires, base de su prestigio, y la revolución de Lavalle, en combinación con la intervención francesa, amenazan, como nunca, su gobierno. «De ahí que, a partir de ese momento su carácter se acentúa y su intransigencia se exacerba».

Rosas nos aporta sugerencias notables que se proyectan en la hora contemporánea, no sólo en su demagogia, sino en los medios coercitivos y de propaganda. Hasta tiene una literatura inferior a su servicio y no pocos comicasts actúan de acuerdo con una dirección. Bosch nos ha proporcionado en sus estudios sobre el *Teatro antiguo de Buenos Aires* notables informaciones sobre lo que Ramos Mejía ha denominado «morfomanía dramática». La Campomanes, como muchas de las actrices de hoy, fué una gran propagandista de la tiranía. Estaba subvencionada, era cacica de plebe y teatro, cantaba décimas; guaranga de ley, llegó a considerar unitarias

a las que dejaban vacíos sus asientos en las funciones de gala federal. Con razón diría Ramos Mejía: «Todo fué pues posible en materia de obediencia, hasta lo ridículo y paradojal». La iconografía de Rosas es tan superabundante como la de éste otro más reciente; el entierro de doña Encarnación nos recuerda, en los decretos del 24 de octubre y 15 de noviembre de 1838, un suceso desproporcionado que nos aportó otra, como entonces se decía, «sin igual mujer», con especial reglamentación de luto.

El historiador de *la revolución del 39* fué don Angel Justiniano Garranza, cuya edición más completa es la que yo publicara en el año 1919, en *La Cultura Argentina* ampliando las obras con dos capítulos los que aparecieron en la Revista Nacional. Estanislao S. Zeballos, Emilio Ravignani, Juan B. Selva, Benjamín Villegas Basavilbaso, Mariano de Vedia y Mitre, Rivero Astengo, M. A. López Osornio y J. Balach han contribuido a esclarecer la historia de la gran revolución. Es conveniente acudir para la comprensión de la Revolución del Sur a la Carta Geográfica redactada según la proyección de Mercator de acuerdo, con los datos existentes en el Departamento Topográfico procedentes de las mensuras practicadas desde las márgenes del Río de la Plata y Paraná hasta las sierras del Tandil y Tapalqué.

Este mapa de la provincia de Buenos Aires de 1829 cuyo original se encuentra en la Oficina de Geodesia, Catastro y Mapas, posee la característica de mostrar las leyendas invertidas. Existe también un interesante croquis de la zona donde tuvo lugar la batalla de Chascomús, en el Archivo General de la Nación que reprodujo Ravignani. Otro mapa interesante es el que proporciona Rivero Astengo en la *Memoria histórico militar del capitán de inválidos D. José María Guerra*.

Los jefes del movimiento son Pedro Castelli, estanciero y veterano de la guerra de la Independencia, y el Comandante Manuel Rico, segundo Jefe del Regimiento

Nº 5. En Chascomús trabaja por la libertad un grupo activísimo con Francisco Villarino a la cabeza, secundado por otros estancieros de prestigio: Felipe Miguens y el veterano Ambrosio Cramer, Narciso del Valle, Coronel Comandante del Regimiento Nº 5 aposentado en Montes Grandes, trasmite ahora desde El Durazno, a Corvalán, copia de una carta interceptada por el Juez de Paz de Dolores que llega a manos de Rosas.

La interceptación de la correspondencia aporta las medidas consiguientes del tirano y conduce al estallido de la revolución. La propaganda sobre Ranchos y Monte ha sido intensa. En este último lugar se encuentra al incondicional Vicente González, alias el Carancho del Monte, gran tomador de Burdeos y hasta posible pariente de Urquiza. Allá en el Azul se halla Prudencio Rosas, Jefe del Regimiento 6 de milicias patricias. Tapalqué es asiento de la división del Sur, a las órdenes del coronel Nicolás Granada. Este es inmovible, por otra parte toda su correspondencia es controlada por Prudencio Rosas.

Castelli ha participado a Rico las medidas que se están por adoptar, es decir la prisión de los conjurados por orden de Rosas y la necesidad imperiosa de anticipar el estallido de la revolución. He aquí como el 29 de octubre Rico proclama la revolución con el lema: Patriotas del Sur ¡Viva la libertad! ¡Abajo el tirano! A 2 de noviembre Francisco Villarino, en Chascomús, con el Comandante José Mendiola encabezan la revolución. El 3 de noviembre Castelli llega al campamento de Rico en Dolores. A esta ciudad, Manuelita siguiendo las instrucciones de Rosas la denominará «Un pueblito plagado de unitarios salvajes desde su fundación». Francisco Olmos, Comandante del 3er. escuadrón del Regimiento Nº 6, destacado en la desembocadura del Salado, se levanta y permite así el desembarco de armamento. El Tuyú también se subleva, allí en el Rincón de López, está

Gervasio Rosas, que según su hermano, tiraba la piedra y escondía la mano.

La revolución está por propagarse a Rauch, Monte, San Vicente y aun a Ensenada, cuando Rosas recibe noticias del Movimiento. No obstante lo que se ha dicho, Rosas estaba preparado para apagar la revolución. Una carta de Manuela así lo confirma. La batalla de Chascomús será una sorpresa. Granada realizará una rápida marcha. El 6 de noviembre se encuentra en Ranchos; a la noche está a dos leguas de Chascomús y no tarda en avistar los fogones de los revolucionarios extendidos al norte de la Laguna del Sur del arroyo Los Toldos. Al amanecer los coraceros cargan sobre los Libres; la batalla dura tres horas. Las pérdidas sufridas por los revolucionarios asumen un número terrible, no tanto en la batalla como en la persecución, dejando el campo sembrado de cadáveres.

El 13 de noviembre Prudencio Rosas penetra en Dolores; el 14, Castelli es encontrado en un monte y muerto de un hachazo; su cuerpo es decapitado, su cabeza es remitida por el hermano del tirano al Juez de Paz y Comandante de Dolores con un oficio que apunta: «con la más grata satisfacción... para que la colocara en medio de la plaza a espectación pública, para que sus colegas vean el condigno castigo». Con el lenguaje monstruoso empleado por todos los secuaces de cualquier tiranía, se dió cuenta del recibimiento de la cabeza del mártir y del cumplimiento de la orden: «digno del mayor regocijo de nuestros distinguidos federales». Mitre al evocar el martirologio de Castelli dejó escrito:

Por los llanos inmensos de la pampa
vaga Castelli triste y silencioso
y en su semblante pálido y ansioso
está grabado el sello del dolor.

Rico logró embarcarse con 1000 de los suyos. Las represiones prosiguieron sangrientas; campos, pueblos,

quedaron cubiertos de cadáveres, la zona quedó en ruinas y señalada como un lugar maldito, porque para los tiranos una comarca en libertad es siempre una maldición y un peligro. Ocho años después William Mac Cann, en su libro *Viaje a caballo por las provincias argentinas*, expresaba: «Chascomús es una pequeña ciudad, distante 30 leguas de Buenos Aires. Tuvo en otro tiempo, hasta 4.000 habitantes, pero al presente se halla en estado ruinoso, por haber sido en 1839, el teatro de una revolución contra el General Rosas. Desde entonces ha sufrido mucho, todos cuantos resultaron comprometidos en la revolución, viéronse obligados a huir dejando sus bienes confiscados». De Dolores afirma: «que tiene ahora no más de dos mil habitantes y ha sido, al parecer, en otro tiempo, centro muy próspero como lo demuestra la cantidad de casas y jardines abandonados».

La historia señores, muestra siempre la lucha del hombre entre la libertad y la represión; pero la libertad triunfa siempre. Y he aquí que en plena recuperación de la tradición nacional y de las libertades públicas acuden por medio de sus respectivas representaciones, los gobiernos nacional y provincial a rendir tributo de honor a los mártires del Sur y a expresar su admiración por esta ciudad, la ciudad de la gran laguna límpida en donde sus habitantes reflejaron su rostros orgullosos de nobleza, de dignidad y de patriotismo.

Señores:

Por este pedazo de historia de libertad, por los Libres del Sur, por Chascomús, clamemos ¡Viva la Patria!

JUAN CANTER.

Mensaje leído el 7 de noviembre de 1955, en Chascomús.

MENSAJE A LOS MAESTROS Y ALUMNOS CON MOTIVO DE LA TERMINACIÓN DE LAS CLASES

Sea mi primera palabra de salutación y de afecto para los maestros de la provincia de Buenos Aires, para esos heroicos maestros que durante más de doce años fueron víctimas de un régimen de humillación y de vejaciones nunca conocido en nuestro país en el transcurso de su historia. Imposición de programas de estudios y de textos escolares impregnados desde el principio hasta el fin de espíritu proselitista y de obsecuencia vergonzosa hacia figuras endiosadas por las fuerzas oscuras y negativas del país, programas y textos tendientes a desviar el sentido histórico de nuestra nacionalidad, en un deseo diabólico de destruir todo lo noble, lo elevado y lo progresista creado en el país por las sucesivas generaciones de argentinos, desde los días gloriosos de Mayo; designaciones arbitrarias, en las que se premiaba el sometimiento y la complicidad, y se postergaba a los más dignos y capaces; persecución de maestros y utilización de procedimientos de intimidación y represión nunca usados hasta entonces entre nosotros en las filas del magisterio; acción constante y destructiva, en las mentes infantiles, matando en ellas todo sentimiento de libertad y de justicia, en un proceso de deformación y de encauzamiento hacia el servilismo propio de los regímenes totalitarios de tan triste memoria en la historia europea de los últimos años; uso discrecional de los fondos públicos, con gastos excesivos y con tramitaciones irregulares y dolosas que habrán de ser investigadas por la justicia;

las actividades de carácter cultural dirigidas por personas sin jerarquía, y orientadas en los últimos tiempos, casi exclusivamente, hacia la propaganda del oficialismo y de su titulada «doctrina nacional»; todo un régimen de subversión, de despilfarro y de desviación de los ideales tradicionales de la Patria, montado con inconfesados designios, que estaba ahogando desde la raíz las fuerzas más nobles del ser nacional, nacidas en los días de Mayo, con Moreno, el repúblico, encarnadas en momentos cruciales de nuestra historia por San Martín, el libertador, y por Rivadavia, el estadista, y retomadas después de la Tiranía por los prohombres de la organización nacional, por Mitre y por Sarmiento, que trabajaron sobre el suelo devastado por veinte años de barbarie, para echar los cimientos de la gran nación del porvenir.

Por fortuna todo ese pasado de ignominia y de sombras ha quedado ya atrás, y ojalá que nunca vuelva a cernirse sobre nuestro cielo la amenaza de un desgobierno y de un desquiciamiento semejantes, sin precedentes en nuestra tierra.

Ahora, miremos hacia adelante, hacia lo que hay que restaurar y lo que hay que rehacer en todos los ámbitos de la vida nacional, y en especial en el campo educacional, en el cual se ha de desenvolver la acción en el Ministerio a mi cargo.

Dos son los sentimientos que es menester afianzar en el alma de los niños y de los jóvenes de nuestra provincia: el sentimiento de la libertad, y el sentimiento de la justicia. El sentido de la libertad, de la libre expresión de las ideas, y la repulsión por todo lo que sea sometimiento y entrega, debe ser fortalecido con el ejemplo de las grandes vidas de nuestra historia, que

todo lo dieron para que ese don sagrado no se eclipsara nunca en nuestra patria. La libertad está en la palabra gloriosa de nuestro Himno, repetidas tres veces como quien golpea en un yunque para que resuene por los siglos de los siglos, y está en el alma misma de nuestra tierra bonaerense abierta al cielo y a la lejanía, y sobre cuya geológica soledad el gaucho la llevó en su sangre, a ella, a la libertad, como algo que le venía desde lo hondo de su destino. El otro sentimiento que debemos instaurar desde ya en los alumnos de nuestras escuelas, es el sentimiento de la justicia. Un país donde la justicia no existe, es un país frustrado y entregado, inerme, en manos del despotismo y de la barbarie. La justicia, la tolerancia, el equilibrio, en todos los órdenes de la vida, en lo individual y en la acción de gobierno, dan un sentido de rectitud y de nobleza fecunda a todos los momentos y hechos de la vida. Y hay que defender a la justicia y a la libertad —y poner esto como semilla en el corazón de nuestros niños y adolescentes—, con todo nuestro ser, y dar por ellas hasta la vida, porque en ambas está lo más hermoso y lo más sagrado del destino del hombre, y el legado más valioso que podamos dejar a nuestros hijos. Cervantes, que supo de cárceles y persecuciones, dejó registrado este apotegma: «La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre. Por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida». Hay que destruir la barbarie y evitar la regresión, en todas las formas oscuras, negativas y terribles que hemos visto actuar por desgracia en nuestro país en estos últimos años.

Queremos escuelas alegres con maestros dignos y respetados, en las cuales estos sentimientos que hacen del

hombre un hombre de bien, se estimulen y fortalezcan en su esencia, y para siempre. Los libros que antes deformaban las mentes infantiles —vehículos de propaganda gubernista más que libros de texto—, están ya proscriptos de nuestras aulas; los planes de estudio y los programas en los que se incluían materias y temas de adoctrinamiento, totalmente incompatibles con el devenir histórico de nuestro país y con los más elementales principios de la dignidad y el decoro humano, donde las cosas se tergiversaban para falsear la historia y la realidad actual, han sido ya mutilados de tales materias y temas, hasta tanto las autoridades definitivas que habrán de sucedernos resuelvan su reforma completa; los símbolos de la patria y los grandes hombres que contribuyeron al progreso y engrandecimiento de la Nación, volverán a ser venerados y queridos por nuestros niños, quienes beberán en las puras fuentes de nuestra historia la lección de abnegación, de honradez, de desprendimiento y de hombría de bien que incidirá luego sobre sus propios destinos de hombres y de ciudadanos.

Escuelas alegres con maestros libres, y con una constante preocupación por superarse, móvil éste indispensable para todo progreso y todo adelanto verdaderos. Superarse, tender hacia lo alto, y no hacia lo bajo, con afán por ennoblecerse, por cultivarse, y por ser cada día mejor, y no por ir bajando, escalón a escalón, hacia lo primario, hacia lo innoble, hacia lo torpe, e inferior. Ya lo anticipó Manuel Belgrano con su habitual desinterés, al destinar el premio de \$ 40.000 que donara para cuatro escuelas, y dictar el Reglamento de las mismas, en cuyo artículo 18º se encuentran estas palabras ejemplares y eternas: «El maestro procurará con su con-

ducta, y en todas sus expresiones y maneras, inspirar a sus alumnos amor al orden, respeto a la religión, moderación y dulzura en el trato, sentimiento de honor, amor a la virtud y a la ciencia, horror al vicio, inclinación al trabajo, despego del interés, desprecio de todo lo que diga a profusión y lujo en el comer, vestir y demás necesidades de la vida, y un espíritu nacional que le haga preferir el bien público al privado». Esto quiere el gobierno de la Revolución Libertadora en esta hermosa y rica provincia de Buenos Aires, fecundada por tantas generaciones de argentinos ilustres y por el esfuerzo de tantos brazos y cerebros generosos, desde los días de la emancipación hasta el presente. Otras preocupaciones serán también objeto de nuestro constante afán: vitalizaremos los museos para que sean aulas vivas al servicio de las escuelas y de la población; crearemos bibliotecas escolares y públicas donde no las haya y las dotaremos a todas de libros útiles y necesarios; estimularemos la cultura en todos los aspectos, haciendo que en la distribución de las recompensas oficiales no prive otro factor que la calidad de las obras, desterrando el favoritismo y la injusticia, hechos hábito en el régimen anterior. Una cultura protegida —no dirigida— en la persona de sus auténticos creadores y forjadores, y luego una proyección de esa cultura eterna y universal, hacia todo el pueblo, sin propósito de propaganda y sin desviaciones o tergiversaciones interesadas y de mala fe. Consecuente con ello, propuse al Excelentísimo señor Interventor de la Provincia, la modificación de la actual Ley de Educación de este Estado, cargada de retórica proselitista con engañosas promesas esclavizadoras del hombre.

Cuando entré en el Ministerio de Educación de la Provincia, busqué inútilmente sobre las paredes, sin

hallarla, la efigie del gran Sarmiento, que había sido, desde su cargo de director general de escuelas de la provincia, el primero en encauzar y organizar la instrucción primaria en dicho Estado. Desde el primer día de mi actuación en el Ministerio a mi cargo, la efigie y el espíritu de Sarmiento han vuelto a presidir la labor de todos los días, como un estímulo y como un grande y enorme compromiso para la obra de gobierno escolar que la intervención federal ha querido confiarme.

Volver las cosas a sus cauces propios y naturales, liberar a los maestros, castigar a quienes hayan delinquido o perseguido, suprimir lo superfluo, administrar con honradez los bienes del Estado, dignificar la labor del aula lograr un mejor ordenamiento de las materias y una mejor coordinación de los estudios, proscribir la política y el oficialismo de las escuelas, estimar y difundir la cultura en un clima de verdadera, de auténtica libertad. He ahí nuestro programa. Para lograrlo, no basta nuestra entrega total a la acción y nuestro sacrificio de todas las horas. Sin la colaboración y el fervor de los maestros y del personal técnico y administrativo que quiera seguir en sus cargos sirviendo al país en una de sus ramas más trascendentales e importantes cual es la educación, no podríamos transformar en realidad lo que nos hemos propuesto realizar para bien de la patria y de la cultura. A todos, maestros, empleados y funcionarios del Ministerio, padres y prensa libre, me dirijo, con emoción y con una voluntad de hacer decidida e inexorable.

Para retomar el camino y ayudar a curar las heridas y a que la Patria se recupere, es menester que la escuela y la cultura sean fuerzas vivas que tiendan hacia la libertad y hacia la felicidad de todos en este país de excepción que el destino nos ha dado como un don

precioso, pero que hay que conservar y acrecentar constantemente. Ése es nuestro programa. Y ésa debe ser para todos la consigna y el compromiso de honor en este momento histórico que está viviendo el país desde el derrumbe de la dictadura.

JUAN CANTER.

Mensaje leído el 11 de noviembre de 1955, por L S 11, emisora oficial de la Provincia.

MENSAJE A LOS MAESTROS Y AL PUEBLO URUGUAYO

En circunstancias en que todos los vínculos señalan nuestra amistad y cuando la voz de los maestros se levanta para afirmar también esa entrañable unión de uruguayos y argentinos, el Ministro de Educación de la provincia de Buenos Aires, en nombre de los maestros que trabajan en la jurisdicción provincial, se dirige al magisterio del país hermano con la emoción de un mensaje inspirado en las fuentes comunes de la historia del Río de la Plata. No olvida el Ministro de Educación de Buenos Aires la trayectoria cumplida por los maestros uruguayos en su larga tradición de amor a la libertad y a la justicia bajo el signo de la educación civilizadora, y quiere expresarles su adhesión y su simpatía desde la provincia cuyo magisterio se asocia a su mensaje con la solidaridad propia de quienes, por estar consagrados a la enseñanza y a sus responsabilidades, saben comprender especialmente el sentido de estos vínculos y la fuerza moral de su lección. No puede mirarse de otra manera esta unión de los maestros uruguayos y argentinos, símbolo de una amistad que enlaza a los dos pueblos y que está representada en sus proyecciones por la común expresión de anhelos y esperanzas; por la igualdad de los principios democráticos y por la conciencia de una enseñanza fundada en la libertad y en el amplio ejercicio de las ideas. Fortalecidos por esta realidad de nuestra hora, los maestros de la provincia de Buenos Aires, a tono con la misión de todos los maestros de la República, sienten la necesidad de comunicarse con sus colegas uruguayos, y es también para satisfacer ese impulso por lo que el Ministro de

Educación se dirige a los educadores de esa tierra dignísima, y les envía su palabra de amistad fraternal con la seguridad de que los deberes de su cargo indican, como una de las misiones más nobles y ejemplares, el mantenimiento de este vínculo con quienes trabajan unidos en suelo americano por la formación de futuras generaciones libres.

JUAN CANTER.

Mensaje leído el 12 de noviembre de 1955, en el Museo Pedagógico de Montevideo. (Fue portadora del mismo una comisión de maestros de la provincia de Buenos Aires).

SUMARIO

La Dirección	Palabras preliminares	1
Ernesto Nelson	Sarmiento, liberador de la educación argentina	4
Fermín Estrella Gutiérrez ..	Sarmiento, escritor	10
Segundo L. Moreno	Sarmiento, el civilizador	19
Juan Canter	San Martín, carne doliente	38
Salvador Canals Frau	El poblamiento de América	71
León Blum	Cuarenta años de guerra a los estudios clásicos	81
Mauricio Martenot	Algunos principios fundamentales de educación musical	101
Francisco E. Maffei	Educación, política y filosofía en Platón	114
Juan Carlos Ghiano	El testimonio de la novela argentina	120
Joaquín V. González	Sarmiento	135
Emile Brehier	La herencia griega en la civilización ..	147
A. J. Festugiere	El niño de Agrigento	154
Arturo Marasso	La lectura	156
Germán Berdiales	El cuento como auxiliar de la enseñanza	180
Romualdo Brughetti	Sobre la descripción plástico-pictórica ..	183
Angel Osvaldo Nessi	La plástica en los niños	186
Catalina Antelo de Husson ..	El mundo poético del niño	190
Manuel B. Trías	Origen de la relación de maestro y alumno	192
José Liebermann	Naturaleza y solidaridad humana	198
Florencio González Asenjo ..	Matemática, gramática lógica y gramática estructural	202
Francisco Allegue Ríos	Palabras a los directores	204
Heinz Woltereck	La naturaleza como ingeniero	207
Heinz Woltereck	El arte de construir de las plantas ..	209
José Ortega y Gasset	Muerte y resurrección	211
Pierre Maxime Schuhl	Osteología e imaginación	217
Ricardo Baroja	El aguafuerte	220
Luis Alfonso	Las nuevas formas de prosodia y ortografía	222
Arturo Marasso	La enseñanza y la práctica del idioma ..	226
E. V. Loyarte de Boccadoro ..	Teodoro H. Gaster, Los más antiguos cuentos de la humanidad	228
Fernando Vidal Buzzi	Gastón Berger, Carácter y personalidad	232
Carlos A. Disandro	Fundación Hardt, La noción de lo divino	237
B. Raquel Enriquez	Wolfgang Kayser, Interpretación y análisis de la obra literaria	243
Dora Melella	Florencio Escardó, Anatomía de la familia	248
C. Antelo de Brito	Sarmiento, creador de la Revista de Educación	249
Alberto Fernández Leys ...	Sarmiento, la nueva Capital y la imprenta	256
Roberto Saraví Cisneros ...	La Plata está en deuda con Sarmiento ..	258
Juan Canter	Discurso en desagravio al maestro ..	263
—	Evocación de la revolución del Sur ..	267
—	Mensaje a los maestros y alumnos ..	274
—	Mensaje a los maestros y al pueblo uruguayo	281

Platón decía que el asombro es el origen de la filosofía. Nuestros ojos nos «hacen ser partícipes del espectáculo de las estrellas, del sol y de la bóveda celeste». Este espectáculo nos ha «dado el impulso de investigar el universo. De aquí brotó para nosotros la filosofía, el mayor de los bienes deparados por los dioses a la raza de los mortales». Y Aristóteles: «pues la admiración es lo que impulsa a los hombres a filosofar: empezando por admirarse de lo que les sorprendía por extraño, avanzaron poco a poco y se preguntaron por las vicisitudes de la luna y del sol, de los astros y por el origen del universo». El admirarse impele a conocer. En la admiración cobro conciencia de no saber. Busco el saber, pero el saber mismo, no «para satisfacer ninguna necesidad común».

El filosofar es como un despertar de la vinculación a las necesidades de la vida. Este despertar tiene lugar mirando desinteresadamente a las cosas, al cielo y al mundo, preguntando qué sea todo ello y de dónde todo ello venga, preguntas cuya respuesta no serviría para nada útil, sino que resulta satisfactoria por sí sola.

KARL JASPERS. Introducción a la filosofía
(traducción de José Gaos)